

LAS SOCIEDADES COMPLEJAS DEL CALCOLITICO Y EDAD DEL BRONCE EN LA PENINSULA IBERICA

por

Margarita Díaz-Andreu *

Resumen: Este trabajo propone una interpretación a gran escala de los procesos ocurridos en las sociedades peninsulares durante el tercer y el segundo milenio a.C. Se pone especial énfasis en la aparición de las sociedades complejas y en su localización en determinadas áreas, intentando argumentar porque estas ni ocuparon la totalidad de la Península Ibérica ni las mismas áreas durante el Calcolítico y Edad del Bronce. Por último se intenta explicar las razones que pudieron llevar al fin de este tipo de sociedades en el Bronce Tardío. Precede al análisis una contextualización de las interpretaciones anteriores y en concreto una crítica al concepto de «cultura» arqueológica.

Palabras-clave: Calcolítico. Edad del Bronce. Sociedades complejas.

1. INTRODUCCIÓN

Los estudios sobre la aparición de las sociedades complejas en la Península Ibérica durante el Calcolítico se han centrado principalmente en dos zonas, el Sureste de España (Chapman 1975 y 1991, Gilman 1976, Gilman y Thornes 1985, Mathers 1984, Ramos Millán 1981), resaltando Vicent (1989) su origen en la etapa anterior, y la Extremadura portuguesa (Chapman 1991), zona que creo que habría que ampliar a todo el sector Suroeste de la Península, incluyendo en ella poblados como Los Vientos de La Zarcita, que su excavador paralelizó con otros sitios localizados en el Alto Algarve oriental, la Extremadura meridional y Andalucía occidental (Piñón Varela 1987)¹. Se han desarrollado diversas hipótesis para explicar el proceso que desembocó

* Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid.

¹ Otros investigadores como Victor Hurtado también consideran esta zona como unidad de estudio, aunque este autor resalte los peculiares comportamientos regionales (Hurtado 1987).

en la complejización de las sociedades en ambas zonas, siendo el denominador común de todas ellas su carácter endógeno -el crecimiento demográfico (Ramos Millán), la inversión tecnológica o la prevención de riesgos económicos (Chapman, Gilman, Mathers, Vicent).

El panorama que ofrece la Edad del Bronce en sus momentos inicial y medio presenta notables diferencias con respecto a esta primera etapa. Por una parte el registro arqueológico del sector Suroeste de la Península Ibérica parece mostrar la desaparición de aquellos elementos que servían para encuadrar sus comunidades humanas dentro de las sociedades complejas — estructuras urbanísticas estables documentadas al menos en parte de los yacimientos, materialización del poder político en la construcción de murallas, presencia de objetos lujosos repartidos de forma no homogénea entre los individuos, mostrando asimismo la existencia de una especialización quizá a tiempo parcial de parte de la comunidad, etc. Este proceso que Gilman (1987: 28) califica de involución, lo explica Katina Lillios (1991) como un retorno de las sociedades hacia tipos más simples de sistemas políticos en la Edad del Bronce provocado por la incapacidad que durante el Calcolítico mostrarían los jefes del Suroeste peninsular para mantener su poder, no pudiendo evitar por tanto la fisión de los grupos que dominaban y en consecuencia la pérdida de autoridad coactiva sobre ellos.

En contraste con la zona anterior, el área que ocupaban las sociedades complejas en el Calcolítico del Sureste se ve incrementada en el Bronce inicial y medio hasta mostrar una extensión de forma semicircular con un radio de unos 300 km con origen en la zona clásica de El Argar. Es decir, territorios como la costa Levantina hasta la mitad meridional de la provincia de Castellón, La Mancha con los Campos de Calatrava, Montiel y San Juan, o la totalidad Andalucía oriental, incluyendo la Hoya de Málaga y el alto valle del Guadalquivir, presentan por primera vez en la Edad del Bronce elementos en su registro arqueológico de los que se puede deducir la aparición en ellas de estructuras sociales complejas.

Este esquema que acabo de exponer no es en realidad tan novedoso en la tradición disciplinar, aunque en anteriores ocasiones se haya expresado bajo una perspectiva histórico cultural. Tarradell (1950), oponiéndose a una visión unitaria de la Edad del Bronce defendida por investigadores como Martínez Santa-Olalla (1941), dividió la Península Ibérica en una zona donde perduraba el Bronce I, otra argárica, y una última de influencia de El Argar, en la que incluía Andalucía, el sureste de La Meseta, Valencia (donde en 1962 definiría el Bronce Valenciano) y, aunque con dudas, Mallorca y la parte meridional de Portugal. Es decir, exceptuando estas dos últimas zonas y considerando sólo la parte oriental andaluza, este investigador encuadraba en la tercera lo que en

este artículo se denomina la periferia del área nuclear del Sureste. La teoría de Tarradell fue ganando adeptos a lo largo de los años, pero a pesar de ello el rechazo del difusionismo a partir de los años 70 en favor de una postura autoc-tonista hizo variar las posiciones, ya que provocó que los investigadores cerraran las fronteras que se habían establecido entre las distintas áreas culturales, negando por tanto cualquier tipo de contacto definido entre ellas (aunque sí indefinido a través de ideas, influencias, etc. que lograban traspasar como por ósmosis de un área a otra). Como resultado no se volvieron a plantear visiones más amplias que las meramente regionales.

Este trabajo supone un intento de recuperar la interpretación de los procesos históricos a mayor escala, análisis que creo fundamental para la correcta comprensión y contextualización del registro arqueológico en áreas más restringidas. Es importante recordar que el abandono en las tres últimas décadas de este tipo de estudios se ha debido fundamentalmente a razones extracientíficas. Como es bien sabido, las hipótesis de Martínez Santa-Olalla, Tarradell y tantos otros se vieron influidas por sus distintas actitudes políticas (Díaz-Andreu 1993). Tarradell no hacía sino atacar desde su posición de investigador la idea unitaria de España impuesta por el franquismo, del que era partidario Martínez Santa-Olalla. Esta visión nacionalista unitaria española evolucionó a tenor de los acontecimientos mundiales y el aislamiento impuesto a España tras la segunda Guerra Mundial, de manera que se moderaron las interpretaciones arqueológicas en el ímpetu invasionista que las había caracterizado previamente, y así, por ejemplo, las oleadas célticas que habían marcado los estudios de la Edad del Hierro se fueron acallando al pasar de los años. Igualmente, pero a otra escala, actuaron los nacionalistas regionales. En contra de la idea unitaria de España a la que he aludido, se potenció la visión del progreso autóctono, creándose culturas prehistóricas de límites no por casualidad coincidentes con los de la nacionalidad que se quería impulsar -por ejemplo la valenciana en caso del Bronce Valenciano-, que con el tiempo fueron adquiriendo en las explicaciones arqueológicas la independencia que en la realidad aún no se había conseguido. La situación actual es continuación lógica de la anterior, ya que parece que se está experimentando un intento de enraizamiento prehistórico de las actuales divisiones administrativas autonómicas (González Morales 1992). Esta reflexión sobre el contexto político en el que se han desarrollado las distintas hipótesis sobre el registro arqueológico pretende subrayar que, tanto el abandono de la interpretación a gran escala, como el rechazo de ciertos procesos (por ejemplo de las migraciones, movimientos de pueblos), lo han sido por razones políticas más que estrictamente científicas. Bien es cierto que su reintegración en el discurso arqueológico no puede producirse

sin estar acompañados de su redefinición actual producida en otras ciencias tan relacionadas con la arqueología como es la antropología.

Aunque en gran manera la visión de Tarradell en 1950 se ha confirmado con los nuevos hallazgos documentados en estas tres últimas décadas, creo que su mayor desfase se produce por el enfoque del problema bajo una perspectiva histórico-cultural. El empleo de áreas culturales como unidad básica de estudio, todavía tan arraigado en la investigación peninsular, data de finales del siglo XIX (Trigger 1992) y se ha criticado extensamente (Shennan 1988). El plantearse como problema fundamental si un yacimiento se puede encuadrar o no en el mundo argárico simplemente no tiene sentido. El abandono de la teoría de los círculos culturales no implica, sin embargo, que se niegue la posibilidad de llevar a cabo análisis a gran escala. Es evidente que para realizar cualquier tipo de interpretación sobre áreas de cientos o miles de kilómetros cuadrados se necesita abstraer los datos reuniéndolos de alguna forma. A pesar de ello el uso de términos como Sureste, La Mancha, costa levantina, etc. no tiene por qué indicar un significado político ni mucho menos cultural. El carácter político de los grupos humanos del Calcolítico y Bronce inicial y medio de la Península Ibérica no podía abarcar zonas de gran amplitud puesto que el registro arqueológico muestra que no poseían elementos fundamentales para ello, como medios de coerción eficaces para controlar comunidades situadas en distancias alejadas, o un aparato administrativo capaz de ello (aunque ciertos autores como Lull y Estévez (1986: 451), Nocete (1989) o Schubart y Arteaga (1986: 305)) parecen pensar que sí, al calificar de estatales a ciertas sociedades localizadas en determinadas zonas del mundo argárico). Por otra parte la equivalencia entre cultura material y unidad política heredada del pensamiento nacionalista del siglo XIX que de alguna manera subyace en el uso de la palabra (piénsese por ejemplo en el caso del Estado Argárico de Lull y Estévez (1986: 451)) no se ajusta a la realidad de las sociedades anteriores al siglo pasado, ni siquiera a las europeas, y mucho menos a las no estatales. Las sociedades tribales, tal como hoy en día las conocemos, no son más que una creación actual (ver por ejemplo Vail 1988). No existen culturas, sino identidades discutidas y discutibles que el individuo emplea estratégicamente en la práctica en su interacción con la comunidad, y ésta en su conjunto con respecto a las otras, jugando en esta praxis un papel fundamental la unidad política en la que se incluyen. Por todo ello el intento que se realiza en este artículo de abstraer todas las comunidades que habitaron en un área tan extensa como la Península Ibérica durante un periodo que abarca más de dos milenios no persigue definir grupos política ni culturalmente unitarios, ya que las comunidades que habitarían las distintas áreas no se definirían como pertenecientes a un mismo grupo, ni probablemente tendrían las mismas costumbres, ya que estas diferirían algo o en gran manera depende

de cómo cada comunidad decidiera emplear sus estrategias de diferenciación y trato con sus vecinos más o menos cercanos.

2. LAS TRANSFORMACIONES EN EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO DEL CALCOLÍTICO Y LA EDAD DEL BRONCE EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

Las transformaciones importantes en el registro arqueológico que a mi modo de ver nos permiten hablar de cambios sociales en el Calcolítico y Edad del Bronce de la Península Ibérica son de distintas magnitudes: carácter de los poblados, localización de éstos, tipos de enterramientos o cultura material.

La primera modificación evidente en el Calcolítico consiste en la aparición de poblados totalmente permanentes en dos áreas geográficas: el Sureste y el sector Suroeste de la Península. En la primera los especialistas incluyen la fachada litoral mediterránea desde Cartagena hasta la Hoya de Adra, la comarca de Los Vélez en Almería y parte de las comarcas interiores murcianas, de la cordillera Bética y de las Sierras Subbéticas (Hernando Gonzalo 1988). El área Suroeste incluye las cuencas bajas y parte de las medias de los ríos Tajo, Guadiana y Guadalquivir, quizá hasta Tarifa (Perea 1991). El cambio en los poblados se asocia con la aparición de los cultivos de tipo mediterráneo en la primera zona, y al parecer de un impresionante auge del comercio a larga distancia en la segunda (Gilman 1987), que permite en ambas el disfrute por parte de las élites de objetos lujosos como marfil y cáscaras de huevo de avestruz.

En un momento más tardío se produce a nivel peninsular un progresivo abandono de los enterramientos colectivos en favor de los individuales. Estos parecen coincidir o ser algo posteriores en cada zona a la llegada de las cerámicas campaniformes. Aunque parte de la cornisa cantábrica (Gorrochategui y Yarritu 1990) y la costa mediterránea septentrional al norte del río Ebro (Maya 1992) parecen en principio representar una excepción a la adopción del ritual colectivo, a partir de la segunda etapa del Calcolítico aparecen los enterramientos asociados habitualmente a cerámicas campaniformes que, por lo menos en lo que respecta a la primera zona, están acompañados por objetos lujosos como los realizados con oro (Alday Ruiz 1992) que por su poder de conferir un cierto prestigio a su propietario, denotan la existencia también en ésta de sociedades no igualitarias. Por otra parte creo importante subrayar la continuación del enterramiento colectivo en la necrópolis de Los Millares a pesar de la presencia en ella de las cerámicas campaniformes (Chapman 1981).

Los cambios drásticos que ocurren a continuación se producen en un prin-

cipio en el área nuclear de Sureste y posteriormente en su periferia. En primer lugar se abandonan los asentamientos ocupados previamente y se habitan en la gran mayoría de los casos sitios de difícil acceso y fácil defensa, que en ocasiones se refuerza con la construcción de murallas. De forma paralela se produce una modificación de la planta de las casas, sustituyendo a las circulares del Calcolítico las cuadradas del Bronce inicial y medio.

Unido a la transformación del lugar de asentamiento y de la forma de las casas, en el área nuclear del Sureste a partir del Bronce inicial, se documenta la desaparición de la decoración en las cerámicas. Esto sólo parece ocurrir con posterioridad en la periferia, ya que en esta segunda zona los hábitats localizados en grandes alturas donde la geografía lo permite y bien defendidos aparecen en el Bronce inicial, pero todavía presentan cerámicas decoradas (por ejemplo El Castillarejo de Los Moros (Fletcher Valls y Alcácer Grau 1958) en la costa Levantina o la motilla de Los Romeros (García Pérez 1988) en La Mancha. Un estilo que ocupa toda la periferia hasta el Bronce inicial es el campaniforme Dornajos, aunque su frecuencia es mucho mayor en La Mancha que en las otras áreas, donde su presencia ocasional se asocia a otros estilos decorativos como el campaniforme Ciempozuelos (Estavillo 1950, Ruiz *et al.* 1990, Schüle y Pellicer 1966)². Por otra parte también algunas comunidades situadas más allá de la periferia abandonan la decoración de las cerámicas tanto en la Meseta Sur (Blasco y Barrio 1986) como en la Norte (Jimeno *et al.* 1988).

Al contrario de lo que opinan algunos autores como Lull (1983) o Shennan (1982), no parece que la aparición del bronce represente un gran cambio con respecto a momentos anteriores, pues su importancia económica durante el Bronce inicial y medio es mínima, al restringirse su empleo prácticamente a objetos de lujo, como ha demostrado Montero (1991) para el caso del área nuclear del Sureste.

En contraste con el sector Sureste, en el resto de la Península se documenta durante toda la Edad del Bronce el uso de cerámicas decoradas (con las excepciones aludidas) y la continuación del uso de asentamientos de carácter semi-permanente (la frecuente presencia de suidos domésticos que muestran los análisis faunísticos de todo el área árida de la Península indica que estas poblaciones no eran nómadas y que por lo tanto los yacimientos de fondos de cabañas u hoyos en esta etapa tendrían una estabilidad relativa), localizados en lugares que señalan una despreocupación por la defensa. Al mismo tiempo que se están produciendo estos cambios en el sector Sureste, el registro arqueológico del Noreste de la Península, es decir, la costa catalana al norte del Ebro y las

² Se ha documentado además presencia de cerámica campaniforme Dornajos casi siempre asociada a la Ciempozuelos en yacimientos más allá de la periferia del Sureste.

cuencas de los ríos Segre y Cinca (Maya 1992 y Rodanés 1992), refleja unas transformaciones significativas que denotan influencias poco analizadas desde un punto de vista social, que provienen del Sureste francés. Sin embargo, exceptuando una cierta tendencia a situarse en puntos altos por parte de algunos asentamientos del Segre y Cinca (Maya 1992: 520), en el resto del área no se ha documentado un cambio evidente en cuanto al sistema de poblamiento.

El Bronce Tardío supone una gran transformación en el sector Sureste: se abandonan total o, en el caso del área nuclear, parcialmente los asentamientos habitados en el Bronce Medio y en la zona periférica se produce con gran frecuencia una reocupación de los sitios abandonados varias centurias antes, en el Bronce Inicial. Desaparecen en este último territorio las construcciones de planta cuadrada, aunque en el área nuclear todavía parecen mantenerse (Arteaga 1981: 7 y Molina 1978: 205), a pesar de que aquí ya no se encuentren los enterramientos bajo los poblados y el ajuar cerámico doméstico cambie en su tipología y además incluya de nuevo la decoración (Arteaga 1981: 7). Este proceso parece estar acompañado por un cambio económico todavía poco estudiado, ya que, por lo menos en el área granadina, cambia la dieta según Molina (1978: 205), mostrando las comunidades de esta fase una progresiva y marcada predilección por la cría de dos especies mayores: bóvidos y équidos.

En el resto de la Península Ibérica se observan durante el Bronce Tardío grandes cambios que cristalizarán en el Bronce Final, incluyendo definitivamente el territorio peninsular dentro de las corrientes internacionales mediterráneas (del Olmo Lete y Aubet Semmler (eds) 1986), atlánticas (Ruiz-Glávez 1984) o centroeuropeas (Ruiz Zapatero 1985).

3. LAS SOCIEDADES COMPLEJAS DE LA PENÍNSULA IBÉRICA DURANTE EL BRONCE INICIAL Y MEDIO

La mayoría de las interpretaciones sobre la aparición de las sociedades complejas en el Calcolítico en la Península Ibérica insisten en el papel que en ella representa la introducción de la agricultura de tipo mediterráneo, decisión de tipo económico que pretende mitigar la inseguridad económica que existe en una zona de gran impredecibilidad climática como es el Sureste de la Península Ibérica, pero que en realidad conlleva una serie de riesgos de tipo social, como es la necesidad de una protección a las inversiones realizadas a largo plazo. Los investigadores que siguen una perspectiva marxista defienden que aquéllos que en cada comunidad habían disfrutado de una autoridad que debían ganarse a través de procedimientos diversos como la redistribución, aprovechan el nuevo poder fáctico que les proporciona la dependencia del resto de la comunidad

hacia ellos para imponerse sin discusión haciendo caso omiso a los mecanismos sociales previos. Esta situación sociopolítica se asienta de tal forma en el área nuclear del Sureste que incluso cuando llegan las cerámicas (quizá acompañada de gente) campaniforme, ni siquiera cambia en un principio el sistema de enterramiento.

La aparición de las jefaturas en el sector Suroeste de la Península Ibérica no parece responder a las mismas causas que en el Sureste. La ausencia del factor que provocaría la complejización de las sociedades del área oriental, la impredecibilidad climática, implica que en esta zona no se necesitarían inversiones agrícolas a largo plazo, y por tanto los jefes no podrían imponer su poder sobre esta base al resto de la población. Sin embargo, ciertas diferencias entre el registro arqueológico del Suroeste con respecto al del Sureste muestran la realización de una actividad económica en la primera que no parece existir en la zona oriental: el comercio marítimo a grandes distancias, documentado principalmente por el hallazgo en el norte de África de cerámicas campaniformes paralelizables a las portuguesas (Harrison y Gilman 1977) y por las similitudes observadas entre algunos elementos de su registro arqueológico y el de áreas tan alejadas como Bretaña o Irlanda (Harrison 1974, Bradley y Chapman 1984). Esta actividad económica paraleliza el área Suroeste con la Sureste por cuanto, al igual que en aquélla, se realizan inversiones a largo plazo que necesitan una organización y protección, y por tanto conceden a los líderes una capacidad de extorsión que no dudan en aprovechar para afianzar su poder. A pesar de esta similitud parece que el grado de complejización al que se llegó en el sector Suroeste de la Península fue menor que el de la zona oriental, como muestra la menor diferenciación entre los asentamientos, entre los que no existe ese enorme contraste que supone el área ocupada por el poblado de Los Millares con respecto al resto de los yacimientos publicados, de mucho menor tamaño. Otra distinción importante la supone el hecho de que, mientras que en la zona mediterránea toda la población campesina realizaría la inversión económica a largo plazo que provocaría y mantendría las jefaturas, en la atlántica ésta sólo sería llevada a cabo por parte de la población, ya que sólo unos pocos se dedicarían al comercio, actividad económica que está sujeta además a un mayor riesgo de fracaso (hundimiento de barcos, pérdida de la mercancía, etc) agravado por el factor distancia (el Suroeste se encuentra a mayor distancia de los otros los focos comparables como Bretaña o Irlanda). Quizá a esta debilidad de las élites se deba el gran desarrollo que muestra el ritual en el sector Suroeste, documentado por ejemplo en la cantidad y variedad de ídolos (Hurtado 1980 y Lisboa 1985). A pesar del control social ejercido a través del ritual, las élites no pudieron impedir la fisión de los grupos sobre los que mandaban, como defiende Katina Lillios (1991) como explicación a la desaparición de este tipo

de sociedades de jefaturas, aunque sí que se perduraría una cierta diferenciación social, marcada por el mantenimiento de las sepulturas individuales y de los ajuares exclusivos.

En el resto de la Península durante el Calcolítico las sociedades no parecen experimentar un proceso tan marcado de complejización como en el Sureste y en el Suroeste, pero sí que se producen transformaciones efectivas asociadas de alguna manera a la aparición de las cerámicas campaniformes. Su propia escasez indica su carácter elitista, y a éstas le acompañan la cada vez mayor generalización de los enterramientos individuales y de objetos lujosos. La causa de este cambio social quizá haya que verla más en un proceso de interacción entre distintas sociedades, por el que si una de carácter desigual se pone en contacto con otra donde los individuos muestren estatus semejantes o en todo caso discutibles (como puede ser el del *big man*), la primera intentar tratar de forma distintiva al interlocutor de la segunda, distinguiéndole de hecho ante los demás, desequilibrando su sistema igualitario y por tanto provocando una cierta homogeneización final de ambas sociedades (Renfrew 1986). De esta forma la fachada atlántica peninsular se vería acorralada en la segunda mitad del Calcolítico por zonas donde habitaban sociedades complejas como el Suroeste de la península y centros extrapeninsulares como Irlanda o Bretaña (Harrison 1974 y Bradley y Chapman 1984).

Al contrario que en el Suroeste, las sociedades complejas del área nuclear oriental no desaparecen en la Edad del Bronce, aunque experimentan una fuerte transformación ideológica, reflejo de la producida a nivel sociopolítico. En el registro arqueológico ésta se muestra por ejemplo en el abandono de la planta circular de las casas y la adopción de la cuadrada. Como apunta Bourdieu (1977: 89) el espacio doméstico, sobre todo la casa, es el lugar principal de los principios generadores. A través de las divisiones y jerarquías que se establecen entre los objetos, personas y prácticas que cobija se hace tangible el sistema clasificatorio que continuamente inculca y refuerza los principios taxonómicos que subyacen todas las disposiciones arbitrarias compartidas por una comunidad. Esto señala que una mutación en la estructura de un lugar tan principal a la sociedad como éste tiene que indicar necesariamente una transformación muy profunda a nivel ideológico. Hace años la única explicación posible habría sido el aceptar la llegada humana de una nueva "cultura" al área argárica, pero creo que no hace falta acudir a este factor para justificar esta metamorfosis doméstica. Lamentablemente los estudios sobre la importancia de la casa y de su estructura que se han realizado desde la antropología (Bourdieu 1991: 419-437, Donley 1982) o la ethnohistoria (Yates 1989), han obviado su transformación diacrónica y es poco lo que en ellos podemos aplicar a los estudios arqueológicos a gran escala temporal. Sin embargo propongo que si a la importancia que

Bourdieu concede al mundo doméstico, se le añade su visión de estrategia y el esquema propuesto por Miller (1982) para el cambio en la cultura material, se puede obtener una hipótesis explicativa aunque imposible de confirmar debido a la escasez de documentación sobre la transición entre el Calcolítico y Edad del Bronce en el área nuclear del Sureste de la península. Por ella el incremento constante en desigualdad social dentro de las comunidades terminaría reflejándose en un deseo de los más favorecidos de distinguirse de alguna manera de los demás individuos, intento que sería seguido e imitado inmediatamente por aquéllos que pretenderían contrarrestar así la simbolización externa del poder.

En todo caso las preguntas a las que se ha de responder son a qué se debe este cambio ideológico entre las sociedades del Calcolítico y del Bronce inicial y medio del área nuclear del Sureste, en qué se apoyaría éste y cómo se justificaría. La hipótesis que aquí se defiende se basa en el argumento de que, al contrario que en el occidente, donde los líderes no pudieron mantener incuestionada su autoridad, éste se afianzó cada vez más en la zona oriental, al no querer ni poder renunciar los campesinos a su modo de vida, al consentir los dominados la dominación que sobre ellos se ejercía (ver Godelier 1989: 11). La transformación ideológica fomentada y aprovechada por los líderes reforzó su poder.

Quizá por un proceso semejante al descrito anteriormente con respecto a la planta de las casas, se pasa en la Edad del Bronce de la zona nuclear del Sureste del enterramiento colectivo al individual, por el que se hace posible que se pueda reflejar directa o indirectamente los derechos adquiridos por cada miembro de la comunidad. Además el depósito de ofrendas valiosas a individuos de corta edad parece indicar la existencia de un nuevo factor de gran transcendencia social: la posibilidad de transferir el poder a través de los sistemas de parentesco, lo que habría llegado a ser posible por el reforzamiento de la posición de los jefes.

Como paréntesis y en relación a los ajuares se debe subrayar que el proceso de transformación del Sureste estaría imbricado de alguna manera con el de la zona occidental, ya que o bien al cambiar la forma de expresar el poder la élite del Sureste ya no necesitaría los productos importados del occidente, o bien, lo que creo más probable, al decaer el comercio marítimo por causas quizá, como argumenta K. Lillios (1991), internas, la élite se vería obligada a cambiar de objetos de lujo para la conversión de su capital económico en simbólico, siendo sustituidos aquéllos entre otros por los realizados en bronce. A pesar de lo ocurrido en el Suroeste no hay que olvidar que el comercio con África perdura durante la Edad del Bronce con el marfil, aunque no parece haber datos suficientes que indiquen cual pudo ser el puerto de contacto en la Península Ibérica (Harrison y Gilman 1977: 95).

En el Bronce inicial y medio del área nuclear del Sureste emerge visiblemente un paisaje de poder que contrasta con el del momento anterior, en el que yacimientos como Los Millares representaban la excepción. La localización de los poblados y su jerarquización en el espacio indica un aumento del desequilibrio del sistema sociopolítico. El yacimiento de El Argar no sólo era el más grande de toda la zona, sino que además se encuentra en el centro de la depresión de Vera rodeado de otros yacimientos de menor entidad pero no por ello situados en lugares de mayor dificultad en su acceso, como Fuente Alamo al norte o Gatas al sur. Este esquema se repetiría zona tras zona hasta los confines de la periferia (Díaz-Andreu 1991: 116-275)

A pesar de que los enterramientos y la distribución espacial de los asentamientos muestran una sociedad compleja, ésta no se refleja sin embargo en los ajuares domésticos del área nuclear del Sureste. La estandarización de las cerámicas que se produce en el Bronce inicial viene acompañada por la desaparición de la rica decoración de tipo campaniforme, produciendo un engañoso efecto de monotonía en los recipientes cerámicos. Se ha sugerido (Díaz-Andreu 1991: 606) que el abandono definitivo de la decoración refleja un deseo de ocultar la creciente diferenciación que experimenta la sociedad.

El aumento de la extensión del área ocupada por las sociedades complejas en la Edad del Bronce es un último factor que diferencia este momento con respecto a la etapa anterior, ya que éstas no se hallan confinadas al área donde se las encontraba en el Calcolítico, sino que se han expandido unos 200 km. hacia su periferia. Este incremento territorial en el Bronce inicial y medio parece haber sido consecuencia de los procesos ocurridos en el área nuclear. A pesar de que otros autores como García Sánchez (1963: 93-95) o quizá Lull (1983) consideran la metalurgia como un factor explicativo de la expansión "argárica" (que ambos además relacionan con la climatología y la degradación ambiental en el Sureste), la hipótesis que aquí se defiende es que es el tipo de agricultura adoptado el que provoca que las sociedades de jefaturas se extiendan por un área mayor en la Edad del Bronce. Pese a que en el Calcolítico se introduce la agricultura de tipo mediterráneo en un intento de evitar los riesgos que supone la imprevisibilidad climática, en realidad lo que provoca es un aumento de estos. Esto se debe a la posibilidad de años de muy bajo rendimiento agrícola (por peligros reales en el área nuclear del Sureste como son las relativamente numerosas riadas), de consecuencias desastrosas para la población a menos de que ésta pueda acudir a un excedente concebido en principio para estas ocasiones. El almacenamiento que esto conlleva supone desde un punto de vista social la posibilidad que los líderes tienen de organizar nuevas formas institucionales de apropiación del excedente (Vicent 1989) y el reforzamiento de su poder, ya que a través de ellas pueden ignorar las condiciones de

socialización que se le imponían, como la redistribución que en la etapa anterior llevarían a cabo.

Existen varias maneras de incrementar el excedente, entre las que destaco tres. La primera consiste en aumentar la cantidad de trabajo invertido, pero esto provocaría un empeoramiento en las condiciones de vida, a menos que se produjera un aumento de los miembros de cada unidad doméstica, posibilidad abierta por la sedentarización de los grupos (Godelier 1985: 249-252). La mayor especialización de la mujer como productora de seres humanos impediría su colaboración en trabajos de rendimiento más cuantificable en términos de producto del trabajo, de los que además dependería para sobrevivir directa o indirectamente (esto último a través de la "protección" concedida por los líderes). De ello seguiría el descenso de la estima que la otra mitad de la sociedad, los hombres, tendrían de ellas y sobre todo el de su capacidad de imposición, ya que dependerían de la parte activa de la sociedad para su supervivencia. El menor status que poseían las mujeres parece documentarse arqueológicamente en la disminución en la riqueza de los ajuares dispuestos a la hora de su muerte (Lull y Estévez 1986: 450).

Una segunda posibilidad de aumentar el excedente consistiría en la imposición del nuevo sistema agroeconómico a comunidades vecinas con el fin de apropiarse de los bienes obtenidos por su trabajo en beneficio de la comunidad extorsionadora y como consecuencia sobre todo de sus élites. Esto, que podría haber empezado ya en el Calcolítico, y quizá esta sea la razón de la imponente defensa del yacimiento de Los Millares, debió aumentar de forma considerable en el Bronce inicial, en el que se documenta un notable incremento de la tensión política ya que casi todos los yacimientos del área nuclear se localizan en lugares difícil acceso y habitualmente refuerzan su defensa con murallas. Este proceso afectaría a unas pocas sociedades no de jefaturas colindantes con el área nuclear.

Si estos dos hubieran sido los únicos procesos empleados para extraer el excedente, el área ocupada por las sociedades complejas del Sureste no habría aumentado más que unos pocos kilómetros. Parece necesario por tanto buscar un tercer mecanismo (que de todas formas iría acompañado por los dos anteriores) por el que el intento de los líderes de mantener y aumentar su poder involucrara a una zona tan extensa como es la periferia del Sureste, y éste creo que tiene relación con el aumento del número de individuos en cada unidad doméstica a la que antes me he referido. Este daría lugar a un crecimiento demográfico, que actuaría como una reacción en cadena y que a largo plazo causaría un nuevo incremento de los riesgos por una mayor necesidad de excedentes. Como argumenta Price (1984: 213) la opción de menor coste en estos casos es, en el caso de que las tierras colindantes estén poco pobladas, la

expansión de la población a zonas que permitan sostenerla económicamente. Esto significaría la división de la comunidad a costa de los grupos vecinos de menor densidad demográfica, es decir, aquellos que al no haber introducido la agricultura de tipo mediterráneo seguían con densidades de población menores, necesarias además para el mantenimiento del equilibrio en un medio en el que se movían con una cierta periodicidad (Boserup 1981: cap. 3). La válvula de escape de la zona nuclear del Sureste sería por tanto su periferia, poblada por comunidades que carecerían de las nuevas y más eficaces armas y de estrategias innovadoras para defenderse contra la invasión de parte de su territorio. En todo caso, aquéllas de que no sufrieran el ataque directo y consiguiente ocupación, quedarían aisladas, y su progresiva inmovilización y restricción territorial significaría a largo plazo el colapso de su sistema económico. Ante esta situación a las poblaciones semi-sedentarias sólo les quedaría como alternativa aceptar la situación y someterse, aculturarse, o trasladarse a otras zonas. Esta última opción no sería muy factible, pues tendrían que luchar por un sitio en un área ya ocupada. De hecho el registro arqueológico parece apuntar a la primera posibilidad (aunque no me atrevería a descartar la segunda), ya que la cultura material de la periferia no es similar en su totalidad ni a la del área nuclear (en la que también se encuentran variaciones internas), ni entre las distintas áreas que la conforman, aunque de nuevo sería inútil intentar encontrar fronteras estilísticas claras (ver crítica a los círculos culturales en la introducción), ni siquiera en el caso de los campaniformes.

La comparación de la evidencia arqueológica del Calcolítico y de la Edad del Bronce del Sureste con el fin de hallar indicios que apoyen a la hipótesis formulada indica que los datos parecen sostener el crecimiento demográfico en el área nuclear del Sureste. Entre el número de hectáreas ocupadas o el de yacimientos habitados en el Calcolítico y en el Bronce inicial y medio, existe un aumento significativo de ambos de la primera a la segunda etapa (Chapman 1991: fig. 34 y Molina 1983: 90), llegando esta última a representar casi el doble de ocupación. El proceso de aumento demográfico parece incidir también en la periferia (Martí y Bernabeu 1992: 557).

La fisión de comunidades y el movimiento de grupos humanos a costa de otros vecinos es quizá el elemento más difícil de documentar con los datos existentes en la actualidad. Quizá sólo con análisis de ADN que todavía no se han acometido se podría avanzar en este aspecto. En todo caso la existencia de algunos yacimientos localizados en la periferia con grandes similitudes con los del área nuclear del SE., como el de La Encantada (Nieto et al. 1983) podría interpretarse en este sentido.

El proceso de aumento del área que ocupan las sociedades complejas durante el Bronce inicial y medio sólo llegó a alcanzar un radio añadido al de la etapa

previa de unos 200 km. Fuera del área Sureste de jefaturas quedaron la costa catalana, el valle del Ebro (excepto alguna zona colindante con Levante), del Tajo (excepto su cabecera y algún yacimiento en el curso medio), el Suroeste de la península, la Meseta Norte y la vertiente cantábrica, sin querer decir esto, como ya se ha especificado anteriormente, que en toda esta zona externa no se hubieran producido cambios desde el Calcolítico. La dificultad de distinguir entre diferentes matices de complejidad social imponiendo etiquetas tan generales como “sociedades de bandas”, “tribales”, “de jefaturas” o “estados”, por seguir el esquema de Service (1962), hace laborioso diferenciar entre las sociedades del neolítico, que según este esquema serían claramente tribales, y las del Calcolítico a partir del campaniforme en toda la Península excepto las áreas definidas en este artículo como “jefaturas” o “sociedades complejas”. Sin embargo aunque no se puedan equiparar con estas últimas, parece que en este segundo momento sí se experimentó una cierta — pero mucho menor — complejización de su sociedad, documentada en la adopción del enterramiento individual y/o la apropiación de objetos lujosos por parte de un sector de la comunidad.

La razón por la que los procesos originados en el área nuclear del Sureste no afectarían a estas zonas más allá de su periferia parece estar relacionada con el escaso margen de poder que mostrarían los líderes de estas sociedades. La inexistencia en la periferia de las condiciones que hicieron aparecer la complejidad en el área nuclear del Sureste, la imprevisibilidad climática, provocaría que los campesinos no invirtieran tanto en sus medios de producción, y por tanto no se encontrarán tan atados ni a ellos ni a sus líderes. Esta menor complejización se refleja arqueológicamente en la disminución de la riqueza de los ajuares, que en el área periférica sólo excepcionalmente contienen armas u objetos de bronce, plata o marfil, en la coexistencia del ritual funerario individual y colectivo en los mismos lugares de enterramiento en alguna zona como La Mancha septentrional, y quizá en un relativo mayor status social de la mujer en relación al área nuclear, como creo que refleja la cueva de El Fraile (Díaz-Andreu 1990).

En el Bronce Tardío se documentan por toda la Península (excepto en el Noreste (Maya 1992)) cerámicas con decoración tipo Cogotas I, estilo decorativo que se origina en el Bronce Medio de la Meseta Norte (Fernández-Posse 1986), y que coexiste durante algún tiempo con el campaniforme (Delibes y Fernández Manzano 1981, Fernández-Posse 1981, Jimeno 1978). La presencia de las cerámicas Cogotas I en el sector Sureste de la Península Ibérica coincide con la desaparición de todos aquellos elementos que indicaban las sociedades de jefaturas. Se podrían buscar causas de tipo ecológico — una catástrofe climática, el agotamiento de las tierras, etc. — pero quizá sean los procesos ocurridos en la periferia los que en este caso expliquen esta aparente involución. El difícil

mantenimiento de la autoridad coactiva de los líderes en una zona donde la inversión a largo plazo sería de menor intensidad que en el área nuclear del Sureste, llevaría consigo su progresiva pérdida de poder por la desvinculación de los campesinos de la periferia a un modo de vida que no les convencía. Esto lo podrían llevar a cabo por ejemplo por medio de un control de la natalidad. La menor densidad de población de la periferia que se muestra por la disminución de la densidad y extensión del poblamiento con respecto al área nuclear permitiría estabilizar el proceso allí surgido, afectando finalmente al área nuclear.

El nuevo aumento de complejidad que experimentarán las sociedades a partir del Bronce Final, y que afectará a toda la Península, responde claramente a otra problemática y no hay duda de que sus mecanismos llegarían a ser mucho más efectivos, puesto que conducirían a las comunidades hacia los proto-estados de la segunda Edad del Hierro.

Marzo de 1993

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo se ha realizado durante mi estancia post-doctoral en el departamento de Arqueología de la Universidad de Southampton, gracias a una beca Fleming concedida por el British Council y el Ministerio de Educación y Ciencia. Es allí donde he tenido el placer de comentar este trabajo con César Carreras y Romualdo Seva.

BIBLIOGRAFIA

- ALDAY RUIZ, A., (1992). La primera industria del oro en el País Vasco y La Rioja. *Munibe* 43: 43-55.
- ARTEAGA, O., 1981. Problemas de la Protohistoria de la Península Ibérica. *Boletín de la Asociación de Amigos de la Arqueología* 14: 4-16.
- BLASCO, C. y BARRIO, J. (1986). Excavaciones en dos nuevos asentamientos prehistóricos de Getafe (Madrid). *Noticario Arqueológico Hispánico*: 75-142.
- BOSERUP, E., (1981). *Population and Technological change: a study in long-term trends*. University of Chicago Press. Chicago.
- BOURDIEU, P., (1977). *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge Studies in Social Anthropology 16. Cambridge University Press. Cambridge.
- BOURDIEU, P., (1991) [1980]. *El sentido práctico*. Taurus Humanidades. Ed. Taurus. Madrid.
- BRADLEY, R. Y CHAPMAN, R., (1984). Passage graves in the European Neolithic- a theory of converging evolution. En G. Burenhult (ed.) *The archaeology of the Carrowmore*: 348-356. Theses and Papers in North-European Archaeology 14.

- Institute of Archaeology at the University of Stockholm. Estocolmo.
- CHAPMAN, R. W., (1975). *Economy and Society within Later Prehistoric Iberia: a new framework*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Cambridge.
- CHAPMAN, R. W., (1981). Los Millares y la cronología relativa de la Edad del Cobre en el Sudeste de España. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 6: 75-89.
- CHAPMAN, R. W., (1991). *La formación de las sociedades complejas. El sureste de la Península Ibérica en el marco del Mediterráneo occidental*. Editorial Crítica. Barcelona.
- DELIBES, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J., (1981). El castro prehistórico de La Plaza en Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología* 46: 51-68. Valladolid.
- DÍAZ-ANDREU, M., (1990). La desigualdad social durante la Edad del Bronce en el sector septentrional de La Mancha. La cueva de El Fraile (Saelices, Cuenca). *Archivo de Prehistoria Levantina* 20: 363-378.
- DÍAZ-ANDREU, M., (1991). *La Edad del Bronce en el Noreste de la Submeseta Sur. Un análisis sobre el inicio de la complejidad social*. Colección Tesis Doctorales 283/91. Ed. Universidad Complutense. Madrid.
- DÍAZ-ANDREU, M., (1993). Theory and ideology in archaeology: Spanish archaeology under the Franco regime. *Antiquity* 67.
- DONLEY, L. W., (1982). House power: Swahili space and symbolic marker. En I. Hodder (ed) *Symbolic and Structural Archaeology*: 17-25. New Directions in Archaeology. Cambridge University Press. Cambridge.
- ESTAVILLO, D., (1950). Yacimientos arqueológicos del Campo de Criptana (La Mancha). *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología* 25: 37-71.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M. D., (1986). La cultura de Cogotas I. *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*: 475-485. Ministerio de Cultura. Madrid.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M. D., (1981). La cueva de Arevalillo de Cega (Segovia). *Noticiario Arqueológico Hispánico* 12: 43-84.
- FLETCHER VALLS, D. y ALCCER GRAU, J., (1958). El Castillarejo de Los Moros (Andilla, Valencia). *Archivo de Prehistoria Levantina* 7: 93-110.
- GARCÍA PÉREZ, T., (1988). La motilla de Los Romeros (Alcázar de San Juan, Ciudad Real). *Actas del Primer Congreso de Historia de Castilla-La Mancha* 3: 13-19. Ciudad Real.
- GARCÍA SANCHEZ, M. (1963). El poblado argárico del Cerro del Culandrillo, en Gorafe (Granada). *Archivo de Prehistoria Levantina* 10: 69-96.
- GILMAN, A., (1976). Bronze Age dynamics in Southeast Spain. *Dialectical Anthropology* I: 307-319.
- GILMAN, A., (1987). Unequal development in Copper Age Iberia. En E. M. Brumfiel y T. K. Earle (eds.) *Specialization, Exchange and Complex Societies*: 22-29. Cambridge University Press. Cambridge.
- GILMAN, A., y THORNES, H. B., (1985). *Land-use and Prehistory in South-East Spain*. University of London Monograph Series. Allen and Unwin. Londres.
- GODELIER, M., (1985). *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*. Siglo XXI. Cuarta edición. Madrid.
- GODELIER, M., (1989) [1984]. *Lo ideal y lo material*. Taurus Humanidades. Ed. Taurus. Madrid.
- GONZÁLEZ MORALES, M. R., (1992). Racines: la justification archéologique des

- origines régionales dans l'Espagne des communautés autonomes. En T. Shay y J. Clottes *The Limitations of Archaeological Knowledge*. Université de Liège. Liège.
- GORROCHATEGUI, J. Y YARRITU, M. J., (1990). El complejo cultural del Neolítico Final-Edad del Bronce en el País Vasco cantábrico. *Munibe* 42: 97-106.
- HARRISON, R. J., (1974). Ireland and Spain in the Early Bronze Age. *Journal of the Royal Society of Antiquaries of Ireland* 104: 52-73.
- HARRISON, R. J. y GILMAN, A., (1977). Trade in the second and third millenia B. C. between the Maghreb and Iberia. En V. Markotic (ed) *Ancient Europe and the Mediterranean: Studies in Honour of Hugh Hencken*: 90-104. Aris & Charles. Warmister, Wilts.
- HERNANDO GONZALO, A., (1988). *Evolución interna y factores ambientales en la interpretación del Calcolítico del Sureste de la Península Ibérica*. Colección Tesis Doctorales 188/88. Ed. Universidad Complutense. Madrid.
- HURTADO, V., (1980). Los ídolos calcolíticos de La Pijotilla (Badajoz). *Zephyrus* XXX-XXXI: 165-203.
- HURTADO, V., (1987). El megalitismo en el suroeste peninsular: problemática de la periodización regional. *El megalitismo en la Península Ibérica*: 31-43. Ministerio de Cultura. Madrid.
- JIMENO, A., (1978). Aportación al Bronce Final y Primer Hierro. Los Tolmos. Caracena (Soria). *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria* 1: 55-66.
- JIMENO, A., FERNÁNDEZ, J. J. y REVILLA, M. L., (1988). Asentamientos de la Edad del Bronce en la provincia de Soria: consideraciones sobre los contextos culturales del Bronce Antiguo. *Noticiario Arqueológico Hispánico* 30: 83-118.
- JORGE, S. O., (1986). *Povoados da Pré-história Recente da Região de Chaves - V.ª P.ª de Aguiar*. Instituto de Arqueologia de Faculdade de Letras do Porto. Oporto.
- LILLIOS, K., (1991) *Competition to Fission: the Copper to Bronze Age Transition in the Lowlands of West-Central Portugal (3000-1000 BC)*. Tesis doctoral. Inédita.
- LISBOA, I. G., (1985). Meaning and messages: mapping style in the Iberian Chalcolithic. *Archaeological Review of Cambridge* 4(2): 181-196.
- LULL, V., (1983). *La "cultura" de El Argar. Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas*. Col. Akal Universitaria 49. Ed. Akal. Madrid.
- LULL, V. y ESTÉVEZ, J., (1986). Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas. *Homenaje a Luis Siret*: 441-452. Ministerio de Cultura. Madrid.
- MARTÍ, B. y BERNABEU, J., (1992). La Edad del Bronce en el País Valenciano. En Utrilla, P. (ed) *Aragón/Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*: 555-567. Institución Fernando el Católico. Zaragoza.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J., (1941). Esquema Paleontológico de la Península Hispánica. En Martínez Santa-Olalla, J. (ed) *Corona de Estudios que la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria dedica a sus mártires*: 141-166. CSIC. Madrid.
- MATHERS, C., (1984). Beyond the grave: the context and wider implications of mortuary practices in South-East Spain. En Blagg, T. F. C., Jones, R. F. J y Keay, S. J. (eds.). *Papers in Iberian Archaeology*. BAR International Series 193 (1): 13-44.
- MAYA, J. L., (1992). Calcolítico y Edad del Bronce en Cataluña. En Utrilla, P. (ed) *Aragón/Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*: 515-554. Institución Fernando el Católico. Zaragoza.
- MILLER, D., (1982). Artefacts as products of human categorisation processes. En I.

- Hodder *Symbolic and Structural Archaeology*: 17-25. New Directions in Archaeology. Cambridge University Press. Cambridge.
- MOLINA GONZÁLEZ, F., (1978). Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 3: 159-232.
- MOLINA GONZÁLEZ, F., (1983). *Historia de Granada I*. Ed. Don Quijote. Granada.
- Montero, I., (1991). *Estudio arqueometalúrgico en el Sureste de la Península Ibérica*. Colección Tesis Doctorales. Universidad Complutense. Madrid.
- NIETO, G., SÁNCHEZ MESEGUER, J.; FERNÁNDEZ VEGA, A.; GALÁN, C.; POYATO, C. Y ROMERO, H., (1983). El Cerro de La Encantada (Grantula de Calatrava): campaña 1979. *Noticiario Arqueológico Hispánico* 17: 7-36.
- NOCETE, F., (1989). *El espacio de la coerción: la transición al estado en las campiñas del alto Guadalquivir (España): 3000-1000 a. C.* BAR Monographs in Spanish and Portuguese Archaeology 492. Oxford.
- DEL OLMO LETE, G. y AUBET SEMMLER, M. E. (eds.), (1986). *Los Fenicios en la Península Ibérica*. 2 vols. Ed. Ausa. Barcelona.
- PEREA, A., 1991. *Orfebrería prerromana. Arqueología del oro*. Ed. Comunidad de Madrid y Caja Madrid. Madrid.
- PIÑÓN VARELA, F., (1987). El Cabezo de Los Vientos, La Zarcita (Santa Bárbara de la Casta): un poblado calcolítico fortificado en el noreste de la provincia de Huelva. Campaña de excavaciones de 1985. *Anuario de Arqueología Andaluza 1985. II Actividades Sistemáticas*: 272-8. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Sevilla.
- PRICE, B. J., (1984). Competition, productive intensity and ranked society: speculations from evolutionary theory. En B. R. Ferguson (ed) *Warfare, culture and environment*: 209-240. Academic Press. California. USA
- RAMOS MILLÁN, A., (1981). Interpretaciones secuenciales y culturales de la Edad del Cobre en la zona meridional de la Península Ibérica. La alternativa del materialismo cultural. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 6: 203-256.
- RENFREW, C., (1986). Introduction: peer polity interaction and socio-political change. En C. Renfrew y J. F. Cherry *Peer polity interaction and socio-political change*: 1-18. New Directions in Archaeology. Cambridge University Press. Cambridge.
- RODANÉS, J. M., (1992). Del Calcolítico al Bronce Final en Aragón. Problemas y perspectivas. En Utrilla, P. (ed) *Aragón/Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*: 491-513. Institución Fernando el Católico. Zaragoza.
- RUIZ, A., NOCETE, F. y ZAFRA, N., (1990). La excavación arqueológica de Urgencia en el Cerro de La Horca, La Guardia, Jaén. *Anuario de Arqueología Andaluza 1987. III Actividades de Urgencia*: 344-353. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Sevilla.
- RUIZ ZAPATERO, G., (1985). *Los Campos de Urnas del Noreste de la Península Ibérica*. Servicio de Reprografía de la Universidad Complutense. Madrid.
- RUIZ-GÁLVEZ, M., (1984). *La Península Ibérica y sus relaciones con el círculo cultural atlántico*. Ed. Universidad Complutense. Madrid.
- SCHÜLE, W. y PELLICER, M., (1966). *El Cerro de la Virgen (Granada) I*. Excavaciones Arqueológicas en España 46. Madrid.
- SCHUBART, H. y ARTEAGA, O., (1986). Fundamentos arqueológicos para el estudio socio-económico y cultural del rea de El Argar. *Homenaje a Luis Siret*: 289-307. Ministerio de Cultura. Madrid.

- SERVICE, E. R., (1962). *Primitive social organization*. Random House. Nueva York.
- SHENNAN, S. J., (1982). Ideology, change and the European Early Bronze Age. En I. Hodder (ed.) *Symbolic and structural archaeology*: 155-161. New Directions in Archaeology. Cambridge University Press. Cambridge.
- SHENNAN, S. J., (1988). Introduction. Archaeological approaches to cultural identity. En Shennan, S. J. (ed.) *Archaeological approaches to cultural identity*: 1-32. One World Archaeology 10. Unwin Hyman. Londres.
- TARRADELL, M., (1950). La Península Ibérica en la época del Argar. *V Congreso Nacional del Sureste Español y I Congreso Nacional Arqueológico*: 72-85.
- TARRADELL, M., (1962). *El País Valenciano del Neolítico a la Iberización*. Ed. Universidad de Valencia. Valencia.
- TRIGGER, B. G., (1992). *Historia del pensamiento arqueológico*. Ed. Crítica. Barcelona.
- VAIL, L. (ed.), (1988). *The Creation of Tribalism in Southern Africa*. University of California Press. California.
- VICENT, J., (1989). *Aspectos sociales y económicos del comienzo de la metalurgia en la comarca noroeste de Murcia: un modelo para la definición del cambio cultural*. Tesis Doctoral. Universidad Autónoma de Madrid. Inédita.
- YATES, T., (1989). Habitus and social space: some suggestions about meaning in the Saami (Lapp) tent ca. 1700-1900. En I. Hodder *The Meanings of Things*: 249-262. One World Archaeology 6. Unwin Hyman. London.